

El autor nos presenta una breve guía terapéutica para los problemas de drogadicción dirigida a cualquier profesional clínico que se enfrente a esta problemática. Su pretensión es ayudarlo a detectar las áreas que deben ser abordadas y las herramientas de las que dispone para ello. Además, incluye un capítulo sobre el diseño y puesta en marcha de un programa de prevención de recaídas en grupo (diseñado también por Marta San Macario y Gonzalo Herrera), otro sobre un caso de un adicto a la cocaína y termina con una selección personal de varios recursos de atención a drogodependientes.

Los dos primeros capítulos se refieren a los «preliminares» de la actuación terapéutica, la acogida y la motivación, y podrían aplicarse desde cualquier orientación psicológica y a cualquier caso. Resulta útil, sin embargo, los pequeños matices en los que el autor hace hincapié al diferenciar una drogadicción de otros problemas psicológicos. Así, por ejemplo, cuando habla de los *autoengaños* y de las *incongruencias*, presentes de manera en casi todas las personas que acuden a terapia más o menos explícita, pero muy acusados en los adictos. O bien, cuando propone que el drogodependiente realice un *balance decisional* tomando conciencia de las consecuencias positivas y negativas de continuar consumiendo o abandonar el consumo. También resultan esclarecedores los ejemplos que el autor pone al referirse a los pensamientos en que se traducen las *distorsiones cognitivas* de este tipo de pacientes (pp. 31-32), ofreciendo contra-argumentaciones para combatirlos (pp. 34-37). Por último, cabe destacar de estos «preliminares» las recomendaciones dadas a los familiares de aquellos drogodependientes que no quieren acudir a terapia para que actúen como co-terapeutas.

En el capítulo tres describe el deseo de consumo o *craving* y su abordaje psicológico. Teniendo en cuenta esta variable, establece dos perfiles de consumidores: consumidores lineales y consumidores explosivos. Esta clasificación permite al autor diferenciar el tipo de abordaje más adecuado para cada uno de ellos: *deshabitación tradicional* para el primero (motivación, control de *craving*, etc.) y *análisis de desencadenantes* y tratamiento de la *psicopatología* en el segundo.

En los capítulos cuatro y cinco el autor expone brevemente dos temas emocionales que considera importante abordar en los casos de drogodependencia: la ira y el estado de ánimo. Como en el caso de los dos primeros capítulos, podrían aplicarse a todo tipo de paciente que acude a terapia, aunque el autor los considere muy significativos en la población drogodependiente.

El capítulo seis versa sobre uno de los temas clave en el tratamiento de las adicciones, la prevención de recaídas, proponiendo diferentes reglas de actuación. A pesar de constituir un tema central, el autor lo resuelve de manera excesivamente rápida y aportando algunas estadísticas de las que no cita la fuente.

En resumen, se trata de una guía bastante elemental en la que destaca su carácter eminentemente práctico o pragmático, como señala su prologuista Carlos M. Álvarez Vara, de la Agencia Antidroga de la Comunidad de Madrid. Que nadie busque en el libro un enfoque científico ni profundo, sino el intento de resultar de alguna utilidad a un profesional que se aproxime por primera vez al abordaje de las

drogodependencias. Y esta pretensión la cumple sobradamente el autor ayudándose de una redacción clara, básica y poco técnica.

BELÉN CHARRO BAENA

ALAIN BADIOU, *¿Qué representa el nombre de Sarkozy?*, Vilaboa, Pontevedra: Ellago Ediciones, Colección Ensayo, 2008 (traducido del original francés por Iván Ortega Rodríguez).

Alain Badiou, Profesor de la Ecóle Normale Supérieure de París, nos regala esta obra que bien podría estructurarse en tres partes diferentes. De esta manera, en una primera parte, comienza exponiendo el «antes» y el «después» de las elecciones presidenciales francesas de 2006 que dieron como resultado el triunfo de Nicolás Sarkozy, actual mandatario en El Eliseo.

La filosofía —dice el autor— «no puede sustraerse ante los acontecimientos cotidianos que afectan a un país cuando éstos provocan un frenesí generalizado en la población. El filósofo debe negarse a subestimar el papel de los afectos colectivos cuando vienen suscitados por los aparatos ideológicos del Estado y otros organismos con poder suficiente como para participar en esta tarea (*Medios de Comunicación Social*)». El miedo habría sido el gran protagonista de estas elecciones en las que los privilegios de que gozan millones de franceses parecen estar amenazados por extranjeros, obreros, jóvenes de las barriadas y los musulmanes. Se va a querer transmitir que *es necesario y urgente que alguien actúe para que esta amenaza no se materialice: un presidente-policía que salvará a la mayoría de los ciudadanos* (del inminente expolio). Por otro lado, el Partido Socialista también participaría del miedo: un «miedo al miedo de la derecha». *No se basa su campaña electoral en la propuesta de Programas Sociales de Integración sino que pide el voto por el miedo a que ganen «los otros»; amantes de un capitalismo desbocado* (producto de la globalización caótica que va a caracterizar este siglo). Si la política intenta desarrollar en lo real las consecuencias de las nuevas posibilidades que aparecen y son rechazadas por el estado de cosas dominante, habría que concluir que el voto al que la ciudadanía francesa está invitada es una práctica esencialmente apolítica porque toda cadena de miedos conduce a la nada: *El voto es la operación de esa nada*. Quien mejor sepa manejar el miedo será quien gane las elecciones. Badiou es consciente de cómo el filósofo trabajador sabe, mejor que nadie, que *el mundo nunca es tan nuevo como lo imagina la mayoría sino que la técnica más novedosa está al servicio de los procedimientos más antiguos*. El autor defiende que la situación del mundo actual es la guerra. Habría preferido que los ciudadanos occidentales hubieran escuchado con máxima atención las palabras del Presidente Bush Jr. en lugar de hacer burla. *«Nuestro horizonte es una guerra muy larga contra el terrorismo»*. El simple mantenimiento del orden establecido es, de por sí, bélico. Esto se debe a que este orden es patológico: fragmentario e injusto. La diferencia entre el mundo rico y el mundo pobre se mantiene sólo por la fuerza. *Occidente no vencerá*. Lo que se estaría buscando es demorar al máximo la derrota. Así, habría una dialéctica entre el miedo y la guerra. Se suele decir, aun-